

1 Lectura



"Consolad, consolad a mi pueblo, -dice vuestro Dios-; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio, y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados."

Una voz grita: "En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escaboso se iguale. Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos los hombres juntos -ha hablado la boca del Señor-."

Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión; alza

fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: "Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder, y su brazo manda. Mirad, viene con él su salario, y su recompensa lo precede. Como un pastor que apacienta el rebaño, su brazo lo reúne, toma en brazos los corderos y hace recostar a las madres."

Isaías 40,1-5.9-11

El Evangelio

Comienza el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Está escrito en el profeta Isaías: "Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: "Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos."

"Juan bautizaba en el desierto; predicaba que se convirtieran y se bautizaran, para que se les perdonasen los pecados. Acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaba sus pecados, y él los bautizaba en el Jordán. Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba: "Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo."

Marcos 1,1-8

Reflexión al Evangelio



Para ser humana, a nuestra vida le falta una dimensión esencial: la interioridad. Se nos obliga a vivir con rapidez, sin detenernos en nada ni en nadie, y la felicidad no tiene tiempo para penetrar hasta nuestro corazón. Pasamos rápidamente por todo y nos quedamos casi siempre en la superficie. Se nos está

olvidando escuchar la vida con un poco de hondura y profundidad.

El silencio nos podría curar, pero ya no somos capaces de encontrarlo en medio de nuestras mil ocupaciones. Cada vez hay menos espacio para el espíritu en nuestra vida diaria. Por otra parte, ¿quién se va a ocupar de cosas tan poco estimadas hoy como la vida interior, la meditación o la búsqueda de Dios?

Privados de alimento interior, sobrevivimos cerrando los ojos, olvidando nuestra alma, revistiéndonos de capas y más capas de proyectos, ocupaciones e ilusiones. Hemos aprendido ya a vivir «como cosas en medio de cosas» (Jean Onimus). Pero lo triste es observar que, con demasiada frecuencia, tampoco la religión es capaz de dar calor y vida interior a las personas. En un mundo que ha apostado por «lo exterior», Dios resulta un «objeto» demasiado lejano y, a decir verdad, de poco interés para la vida diaria.

Por ello no es extraño ver que muchos hombres y mujeres «pasan de Dios», lo ignoran, no saben de qué se trata, han conseguido vivir sin tener necesidad de él. Quizá existe, pero lo cierto es que no les «sirve» para su vida.

Los evangelistas presentan a Jesús como el que viene a «bautizar con Espíritu Santo», es decir, como alguien que puede limpiar nuestra existencia y sanarla con la fuerza del Espíritu. Y quizá la primera tarea de la Iglesia actual sea precisamente la de ofrecer ese «bautismo de Espíritu Santo» a los hombres y mujeres de nuestros días.

Necesitamos ese Espíritu que nos enseñe a pasar de lo puramente exterior a lo que hay de más íntimo en el ser humano, en el mundo y en la vida. Un Espíritu que nos enseñe a acoger a ese Dios que habita en el interior de nuestras vidas y en el centro de nuestra existencia.

No basta que el evangelio sea predicado. Nuestros oídos están demasiado acostumbrados y no escuchan ya el mensaje de las palabras. Solo nos puede convencer la experiencia real, viva, concreta, de una alegría interior nueva y diferente.

Hombres y mujeres convertidos en paquetes de nervios excitados, seres movidos por una agitación exterior y vacía, cansados ya de casi todo y sin apenas alegría interior alguna, ¿podemos hacer algo mejor que detener un poco nuestra vida, invocar humildemente a un Dios en el que todavía creemos y abrimos confiadamente al Espíritu que puede transformar nuestra existencia? ¿Podrán ser nuestras comunidades cristianas un espacio donde vivamos acogiendo el Espíritu de Dios encarnado en Jesús?

José Antonio Pagola

La esperanza de los profetas

Vivimos en un contexto de guerra, donde vemos a menudo imágenes que creíamos que solo existían en las películas americanas. Se dispara el precio de los combustibles, y con ello la inflación, la calefacción, el transporte y por supuesto la luz. Nuestros políticos, ya sea a nivel regional, nacional o europeo, no logran ponerse de acuerdo, y los extremos en forma de populismos aporrean la puerta. Por no hablar de la crisis moral, donde la dignidad de las personas se daña tanto en las fronteras como en la frialdad de los quirófanos. Y así, una crisis tras otra...

Sin embargo, lejos de quejarnos continuamente, conviene no olvidar el auténtico espíritu de los profetas. Pues no vale solo con denunciar la injusticia, eso ya lo hacen Twitter, la prensa y los malos políticos. Lo profético es anunciar la esperanza en medio del caos y de la confusión. Es ahí, cuando el profeta ve más allá, y se demuestra quién tiene horizontes más amplios que el resto para soñar un mundo nuevo y planear soluciones posibles.

Y es que a menudo las personas olvidamos que nuestro tiempo no se reduce al presente. Que estamos llamados a percibir el futuro como algo bueno, sencillamente porque es de Dios. Esto es lo que celebraremos los cristianos en unos días, frente a nuestra tendencia al presente lo auténtico mira hacia adelante. La vida emerge más allá del caos, la pobreza y la destrucción. Es la esperanza de Dios, la que no viene de nosotros, la que no nos abandona cuando el mundo nos invita a tirar la toalla y abandonar el barco. *Álvaro Lobo, sj*



La tiranía de la tecnología

Una simple búsqueda en Google sobre el uso que realizamos de la tecnología es escalofriante: cada día gastamos en torno a seis o siete horas delante de una pantalla y a veces incluso mucho más. El pronóstico extendido del tiempo, compras por Amazon, partidos de fútbol, series y también gran parte del trabajo o estudio que nos toca realizar se concretan con un dispositivo en la mano. Estamos totalmente invadidos por imágenes y sonidos que se emiten por una innumerable cantidad de ordenadores, gadgets, móviles. Pensábamos que con internet habíamos alcanzado el culmen del desarrollo, pero no es así. La inteligencia artificial hoy golpea con fuerzas nuestra cotidianidad. Dentro de un par de años vaya a saber uno qué nueva programación nos organiza y gobierna la vida.

Cabe entonces preguntarse si quedan espacios en donde el contacto interpersonal de calidad sea posible, donde el silencio este bien visto y en donde se pueda entrar en otra sintonía, la del Espíritu. Esos espacios en principio existen. Uno de ellos son los grupos de fe en donde deberíamos aparcar los ruidos externos y dejar para otro momento el WhatsApp o el Insta. Un lugar donde poder ser y encontrarnos con la Fuente. Pero el poder de la virtualidad ha traspasado estas barreras también. Pareciera que no si no tenemos el móvil en la mano mientras estamos reunidos o bien si no empezamos a hablar de las stories ya nada tiene sentido. Puede ser todo muy espiritual, pero si no estamos en la red no existimos...

Para muchos el verano pasado estuvo marcado por la JMJ, que es la actividad de pastoral juvenil de la Iglesia por excelencia. La tecnología fue un aspecto central de la organización. ¿Qué hubiéramos hecho sin la aplicación Lisboa 2023? ¿Cómo hubiéramos hecho para movernos, para coordinar con nuestros grupos, saber dónde pedir comida, dónde asistir a las catequesis, etc.? ¿A quién no le viene en mente el uso de los drones en la vigilia? Las preguntas son correctas y hay mucho de verdad en la utilidad y el buen uso que hubo de esto y que también hay cuando se ponen a disposición del bien común y el anuncio del Evangelio. Pero la vida no termina ahí. Son un medio y no un fin. Y pienso que es aquí donde nos confundimos. Las pantallas nos pueden ayudar a encontrarnos con los otros y con el Otro. En nuestro grupo o en la JMJ. Pero no podemos reducir todo a la imagen de una pantalla.

Manuel Albiñana sj

